

## PERFILES

### Dos escritores de la América del Sur

#### I

#### Héctor José Abal

“**E**L poeta ante su obra debe sentir lo que el océano ante la roca. Pulir lentamente hasta dar la forma que esbozó, e ir haciendo en la costa un abrigo donde otros encontrarán un instante de lo que cotidianamente llamamos un bienestar”. Este pensamiento de Héctor José Abal, que hallamos en una carta reciente, nos da ya, en cierta manera, su credo lírico.

Su único libro publicado, *En un color de tiempo* (1946) se caracteriza por su tónica neorromántica. Siendo un idealista, este joven poeta argentino no vive ausente del duro y suave mundo en que lucha y sueña. Y, asimismo, la espontaneidad de sus medios expresionales no significa que el poeta sea ajeno al proceso de depuración de sus versos, de una agilidad muy americana.

En su mundo emotivo caben todas aquellas cosas puras —grandes y pequeñas— que ennoblecen la vida. La naturaleza, el amor, el recuerdo, la soledad, la melancolía, la esperanza, son sus temas centrales. He aquí su “Oración”: “Mientras el agua castigue la piedra removida — y el corazón de la noche se diluya — de qué sirve que camine lentamente — si tu cuerpo se esfuma en el poniente. — No cantarán las noches su latidos — en lo inmenso del cielo que contemplo — pero habrá un encuentro en el sendero — acaso como brisa que se atreve. — Tú vienes de la noche, caminando. — Cortan-

do las tinieblas que me obstruyen. — Si alcanzara tu mano sublimada — sabría el secreto de la flor que crece. — No resuelvo el círculo de ahogo — que arremete, triturando ideas. — Poderoso ante mí, no lo comprendo — mis pupilas alcanzan luces tenues. — Lentamente, más cerca cada día. — Progresando a tu alcance va mi escala. — Lentamente se van las amapolas — mientras cierran mis ojos para verte”.

Este sentido tan finamente poético está presente en casi todos los poemas del libro de Ábal, del que destacamos, sobre todo, las páginas tituladas “Canción de agua caída”, “La ventana”, “Dos motivos”, “Poema al viejo Colegio Nacional de Buenos Aires”, “Despedida en un poema sin tarde”, “Olvido para unos brazos caídos”, “Romance de mi fusilamiento” (su página de mayor aliento, imposible de reproducir aquí, por su extensión) y sus dos únicos sonetos: “Exhortación” y “Soneto para la verdad”; este último demasiado conceptual, pese a que el autor se ha esforzado en darle calidad imaginativa y fuerza emocional.

Trátase de una poesía muy noble en su vibración social, su ideario democrático y su defensa de la verdad y de la legalidad. Pero ese mismo idealismo, ese apostolado del bien y de la libertad, no debe ser expresado en poesía —creemos— de esa manera tan cercana a la del panfleto.

Nacido el 7 de noviembre de 1923, este poeta argentino que reside en Buenos Aires, ha colaborado en diversos diarios y revistas: *Italia Libre*, *Verdad*, *Surcos* (revista de la que fué director), *Saeta*, etc. En la actualidad estudia abogacía.

## II

### Felisberto Hernández

El género narrativo que cultiva este uruguayo representa —en cierta manera y quizá sin proponérselo— una reacción contra la novela típicamente americana, salvajemente americana, que ha dado y sigue dando óptimos frutos, pero que no puede constituirse en un solo camino. Esta reacción no significa, de ninguna manera, una negación, sino la búsqueda de un horizonte más amplio, hacia una verdad temperamental que, en este caso, se emparenta con algunos de los más calificados autores franceses anteriores a la última guerra. Como ellos, Felisberto Hernández presenta en sus dos libros: —*Por los tiempos de Clemente Colling* (1942) y *El caballo perdido* (1943)— esta característica fundamental: el reencuentro de la vida, por las sendas del recuerdo. Pero en tanto que aquellos autores europeos lograban ese reencuentro por imágenes puramente subjetivas, el uruguayo —más humano— da al lector el placer de ser él quien espiritualice a su gusto ese mundo que él ordena en su memoria. He aquí una de las facetas más importantes de la personalidad de Felisberto Hernández, quizá la más importante, la que define su originalidad.

Quienes hayan leído *Por los tiempos de Clemente Colling* recordarán, por ejemplo, la delectación con que allí se describe el recorrido del tranvía 42 de nuestra ciudad, al entrar en la avenida Suárez: los detalles que parecerían más ínfimos por sutiles, aparecen ahí en toda su minucia, revelando un admirable don de ver la realidad en su verdad integral, que es su verdad poética. Esa verdad poética es otra de las facetas personalísimas de las dos novelas de

Hernández, la que da a su lirismo un tono sobrio, fino y austero a la vez.

En *El caballo perdido* la hallamos también en cada página, en cada imagen y muy especialmente en esa sala donde Celina da su clase de piano. ¡Cuánto hay que agradecerle al artista ese "revolver mucho en sus recuerdos", como él mismo dice! Porque gracias a ellos y a la honda sensibilidad con que los recoge y a la belleza con que sabe reflejarlos, el Uruguay ve enriquecida su literatura con un valor nuevo, distinto a los ya conocidos.

Sin duda, Eduardo Mallea calificaría las dos novelas de Hernández como "memorias poemáticas", definición que sintetiza su carácter. Ese carácter poemático presenta muy sutiles matices musicales, en que es fácil reconocer al concertista de piano que es este escritor.

GASTÓN FIGUEIRA